

GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL Y TEOLOGÍA NEOCONSERVADORA: LA TEOLOGÍA NEOLIBERAL DE MICHAEL NOVAK

Antoni Jesús Aguiló Bonet*
toni.aguiló@uib.es

Resumen

El objetivo principal de este artículo es el de presentar y evaluar críticamente la existencia y el funcionamiento de una racionalidad económica neoliberal en el actual neoconservadurismo católico contemporáneo. La teología neoconservadora es portadora de una ética religiosa de mercado que detecta en la tradición religiosa judeocristiana una serie de virtudes morales y espirituales útiles para intentar justificar teológicamente la globalización neoliberal. Como estudio de caso, se toman en consideración los planteamientos político-religiosos de la teología neoliberal estadounidense, particularmente la versión del teólogo católico Michael Novak.

Palabras clave: Neoconservadurismo. Globalización neoliberal. Teología neoliberal. Ética religiosa de mercado.

* **Antoni Jesús Aguiló Bonet** es Licenciado en Filosofía por la Universitat de les Illes Balears (UIB). Maestría Universitaria en Evolución y Cognición Humana (especialidad Antropología y Globalización) y Diploma de Estudios Avanzados en Filosofía del Derecho, Moral y Política. Actualmente es investigador FPU del Ministerio de Educación. Miembro del grupo de investigación Política, Trabajo y Sostenibilidad del Departamento de Filosofía de la UIB. Ha participado en diferentes eventos científicos nacionales e internacionales y ha publicado sobre temas relativos a su área de conocimiento. Sus principales líneas de investigación se enmarcan en el ámbito de la filosofía política contemporánea, concretamente en el estudio de los procesos de globalización y sus aspectos filosóficos, la teoría normativa de la democracia y la reinención de la emancipación social. Dirección postal: Universitat de les Illes Balears. Sala Alberto Saoner. Departamento de Filosofía. Edif. Ramon Llull. Crta. Valldemossa, km 7.5. 07122 Palma de Mallorca – España.

Fecha de recepción de este artículo: 14/11/2009

Fecha de aceptación: 15/12/2009

NEOLIBERAL GLOBALIZATION AND NEOCONSERVATIVE THEOLOGY: MICHAEL NOVAK'S NEOLIBERAL THEOLOGY

Abstract

The aim of this paper is to present and critically evaluate the existence and the functioning of neoliberal economic rationality in contemporary Catholic neoconservatism. This rationality brings in market religious ethics since it detects a series of useful moral and spiritual virtues in the Judeo-Christian religious tradition that attempt to theologically justify neoliberal globalization. This case study will consider the political-religious approaches of American neoconservative theology, particularly the version of the Catholic theologian Michael Novak.

Keywords: Neoconservatism. Neoliberal globalization. Neoliberal theology. Market religious ethics.

1. Introducción: economía y religión

Una creencia popular derivada de los modernos procesos de secularización establece que economía y religión, en las sociedades occidentales, constituyen dos esferas de la práctica y el saber, autónomas y ajenas entre sí, en ocasiones incluso opuestas. A menudo, teólogos y miembros del personal religioso son vistos despectivamente por economistas y agentes económicos como moralistas con prejuicios y voces desautorizadas respecto a cuestiones económicas, cuyos sermones tienen el propósito de provocar efectos disuasorios sobre sus legítimas iniciativas económicas. Por su parte, muchos teólogos, sacerdotes y religiosos han sido formados intelectualmente en un ambiente en el que la importancia de los asuntos económicos es minimizada, cuando no ignorada. El amor al dinero, el racionalismo económico y el afán de lucro son moralmente condenados desde numerosos púlpitos parroquiales, seminarios y órdenes religiosas que prestan servicio de caridad, donde las cuestiones pecuniarias se relacionan *a priori* con una abundancia de actitudes pecaminosas que expresan lo peor de la condición humana, como la envidia, la corrupción, el fraude, la codicia, la vanidad o la lujuria.

Sin embargo, economía y religión no siempre han sido dos extrañas y malavenidas compañeras de viaje. Hasta el advenimiento de modernidad occidental, allá por el siglo XVI, la economía, lejos de ser una rama independiente del conocimiento, se consideraba una materia subordinada a la filosofía o a la teología moral. Filósofos y

teólogos reflexionaron abiertamente sobre temas que, en sentido amplio, forman parte del ámbito de lo económico, como la (re)producción de bienes, la administración doméstica, la función social del trabajo esclavo, la tenencia de propiedades, los modos de adquisición de riqueza o el correcto uso del dinero, entre otros. Aristóteles (*Pol.*, I, 9, 1257b), por ejemplo, sostenía que el dinero, en tanto que convención humana, era un mero instrumento de cambio sin valor en sí mismo que sólo debería servir para el intercambio de bienes, no para la acumulación inútil de más dinero: «El interés es dinero de dinero; de modo que de todos los negocios éste es el más antinatural». Siguiendo esta enseñanza, los grandes teólogos escolásticos equipararon la usura con el robo. Tomás de Aquino, recuperando la clasificación canónica que el papa Gregorio I había hecho en el siglo VI de los comportamientos moralmente censurables, estableció un código de conducta para dirigir el recto obrar humano. En él juzga que la avaricia, definida como el «deseo desmedido de poseer» (*Summa Theol.*, IV, q. 118, a. 1), es un pecado capital² que no sólo viola el criterio ético de la justa medida, herencia de la filosofía aristotélica, sino que además es capaz de originar otros vicios abominables, como la traición, el fraude, la mentira, el perjurio, la inquietud, la violencia y la dureza de corazón (cf. *Summa Theol.*, IV, q. 118, a. 8).

Otro argumento que aporta evidencias del vínculo existente entre economía y religión es que las tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad contienen una moral económica: un conjunto relativo y variable de ideas, valores y normas sociales de comportamiento que, en un determinado contexto, nos exhortan a adoptar actitudes prácticas sobre las que se basan y construyen las relaciones económicas. Las religiones inculcan a sus fieles una serie de prescripciones económicas que regulan su conducta, prohibiéndoles robar o hacer negocio con aquello que es considerado tabú, como el alcohol en el caso del islam. La literatura bíblica profética y sapiencial (cf. *Is* 58, 3-11; *Jer* 7, 5-7; *Am* 2, 6-7; *Eclo* 4, 1-10; *Ecl* 5, 10), a título de ejemplo, reprueba actitudes antisociales como la insolidaridad, la injusticia social, la avaricia, la estafa y la explotación de seres humanos, particularmente de aquellos más pobres y desprotegidos, que la tradición bíblica identifica con las viudas, los niños huérfanos y los extranjeros. En los evangelios, en la misma línea, puede encontrarse una constante llamada de atención a los ricos: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de los cielos» (*Mt* 19, 24). Y no menos conocida es la sentencia en la que Jesús declara la incompatibilidad absoluta que hay entre el amor a Dios y el amor al dinero: «Nadie puede ser esclavo de dos señores, porque

² Entre ellos también se encuentran la gula, la lujuria, la vanagloria, la ira, la envidia y la pereza (cf. *Summa Theol.* I-II, q. 84, a. 4).

aborrecerá al uno y amará al otro, o bien despreciará a uno y se aficionará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24).

La relación actual entre economía y religión también puede percibirse claramente al observar que en los billetes de Estados Unidos, un país que presume ante el mundo de la separación entre Iglesia y Estado, puede leerse el lema *In God we trust* —«Confiamos en Dios», o cuando se tiene constancia de que la Iglesia católica, al margen de las enseñanzas evangélicas que predica sobre el dinero y la pobreza, busca la máxima rentabilidad de sus ahorros invirtiéndolos en bolsa.

En los albores del siglo xx, Max Weber, estudiando los orígenes ideológicos del capitalismo moderno occidental,³ observó que las personas más esforzadas, laboriosas y profesionalmente exitosas estaban orientadas por un particular estilo de vida que les impelía a ganar monetariamente todo cuanto pudieran. Este estilo de vida fomentaba, al mismo tiempo, la promoción de una vida austera que cultivaba actitudes individuales como el ahorro, el sacrificio y la condena del ocio. En su célebre obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), el sociólogo alemán defiende el argumento según el cual la esencia del capitalismo occidental moderno no tiene filiación directa con el afán de lucro ni con la tendencia al enriquecimiento personal. Identificar capitalismo con deseo de enriquecimiento responde a una concepción simplista e ingenua del capitalismo, pues el ánimo de lucro es un «sentimiento universal» (Weber, 1978: 299), una inclinación antropológica natural que puede encontrarse en «los camareros, los médicos, los cocheros, los artistas, las *cocottes*, los funcionarios corruptibles, los jugadores, los mendigos, los soldados, los ladrones, los cruzados: en *all sorts and conditions of men*, en todas las épocas y en todos los lugares de la tierra» (Weber, 1973: 8). Siendo así, el espíritu del capitalismo moderno está en el hecho de promover un cierto tipo de racionalidad característica de Occidente,

³ Weber maneja una concepción amplia del concepto «capitalismo». En su *Historia económica general* (1978: 237) escribe: «Podemos decir que toda una época es típicamente capitalista cuando la satisfacción de necesidades se halla, conforme a su centro de gravedad, orientada de tal modo que, si imaginamos eliminada esta clase de organización, queda en suspenso la satisfacción de las necesidades». Históricamente, para Weber han existido diversos tipos de capitalismo, aunque su clasificación puede reducirse básicamente a dos. Por un lado, el capitalismo que Weber (1978: 282) llama «irracional», referido a todas aquellas acciones orientadas hacia la ganancia sin importar su origen: impuestos, botines, prebendas o usura, entre otras. Es un capitalismo que no se circunscribe al ámbito de la cultura occidental. Por el otro, el capitalismo racional, occidental o capitalismo industrial moderno. Es una forma de capitalismo típicamente occidental; está guiada por una racionalidad teleológica, donde la satisfacción de las necesidades y el afán de lucro se caracterizan esencialmente por la organización y división racional del trabajo, el establecimiento de un sistema de libre mercado y el cálculo de beneficios (Weber, 1979: 134).

aquella que Weber (1973: 17-18) llama «racionalismo económico». Se trata de un tipo específico de acción teleológico–instrumental —con arreglo a fines— en la que el individuo se limita a realizar el cálculo utilitario de los medios adecuados para la satisfacción de sus objetivos económicos. La racionalidad económica weberiana consiste, en síntesis, en la hipótesis de la maximización de los recursos y la minimización de las pérdidas, que presupone la concepción antropológica del *homo oeconomicus*. Según ésta, el ser humano es fundamentalmente un sujeto atomizado, pensado de manera individualista y monológica, competitivo e insolidario, que actúa para satisfacer al máximo sus intereses egoístas.

Ahora bien, introduciendo el factor religioso en su análisis de la modernidad occidental, Weber destaca la influencia significativa de los valores ético–religiosos del protestantismo calvinista en la formación de la racionalidad económica sobre la que se funda el capitalismo moderno. Según la argumentación de Weber, estos valores racionalizantes, condicionados por una educación especialmente encaminada hacia los trabajos técnicos y las profesiones especializadas del ámbito industrial y mercantil, a diferencia de la educación católica, más dirigida hacia el estudio de las humanidades, sirvieron para afianzar el desarrollo del sistema capitalista moderno, proporcionando la legitimación religiosa de la riqueza acumulada.

Tomando como fuente de inspiración el planteamiento de Weber, el presente artículo pretende mostrar, desde un punto de vista crítico–descriptivo, cómo la tradición católica, en controversia con las tesis del sociólogo, también ha contribuido de manera notable al avance social de las fuerzas liberal–capitalistas. Para ilustrar mejor la existencia de lo que puede llamarse un racionalismo económico católico, se analiza un caso actual y representativo del pensamiento católico secular con una gran influencia en el panorama económico, político y cultural de los Estados Unidos, sobre todo bajo la Administración republicana de George W. Bush. Me refiero a la teología neoconservadora estadounidense, también conocido como pensamiento *teocon*. La atención se centra específicamente en la versión católica de Michael Novak, uno de los principales teólogos apologetas de la globalización neoliberal. Sus planteamientos religiosos legitiman y configuran una auténtica teología católica de libre mercado que subordina los valores éticos al principio teológico–normativo de mercado, proclama la obtención de lucro individual como la principal aspiración humana y sirve de instrumento de justificación religiosa y moral del capitalismo global neoliberal.

2. *Neocons* y *teocons*: una aproximación

Durante las últimas décadas del siglo xx, de modo particular bajo los mandatos presidenciales de Ronald Reagan (1981-1989) y George W. Bush (2000-2008), las expresiones religiosas cristianas de radical orientación política y social conservadora se convirtieron en un factor de gran influencia en la política y la vida pública de los Estados Unidos. Este conjunto de grupos religiosos, que abarca una amplia y heterogénea gama de sectores y movimientos sociales conservadores, algunos incluso ultraconservadores, es una pieza clave del neoconservadurismo y la nueva derecha norteamericana, hermanados sobre todo a partir de la década de 1970 para hacerse con el poder político.

El *neoconservadurismo*, en su acepción más popularizada, es visto como una corriente de la nueva derecha —*New Right*— política, social, intelectual y mediática estadounidense desarrollada durante las décadas de 1970 y 1980, aunque su pleno apogeo tuvo lugar con la aún hoy dudosa victoria electoral de George W. Bush en el año 2000. Sin embargo, y en realidad, el movimiento neoconservador apareció a finales de la década de 1960, en la que el término «neoconservadurismo», con un sentido originalmente peyorativo, se refería a miembros del Partido Demócrata pasados a las filas del Partido Republicano. La expresión, por tanto, inicialmente hacía referencia a ex militantes desencantados de izquierdas, como Irving Kristol, Norman Podhoretz, Daniel Bell, Peter Berger, Samuel P. Huntington, Michael Novak, Nathan Glazer y Martin Lipset, entre los más destacados, que terminaron asumiendo posiciones políticas e ideológicas conservadoras. Estos tráfugas ideológicos y políticos, muchos de ellos formados en el *City College* de Nueva York, constituyen la primera generación de intelectuales neoconservadores, conocidos también como *neocons*. Formaban un grupo de sociólogos, politólogos y teóricos sociales decepcionados con el socialismo y en reacción contra lo que consideraban los peligrosos excesos de los movimientos juveniles contraculturales de la década de 1960, como las culturas *hippies* o la Generación *Beat* (cf. Kristol, 1999: x). Estos movimientos eran vistos como portadores de tendencias y valores que los neoconservadores juzgaban nocivos para el funcionamiento de la democracia representativa liberal, para los intereses de la economía de libre mercado y para el *american way of life*. Fue Kristol (1983: 75) quien, a principios de la década de 1970, asumió con orgullo la etiqueta de neoconservador al autodefinirse como un ex progresista —liberal, en la terminología política estadounidense— que había sido «asaltado por la realidad».

Las principales señas de identidad del pensamiento *neocon* pueden resumirse en tres características distintivas. La primera es la adopción del *neoliberalismo* como eje económico del programa neoconservador. El neoliberalismo, además de un modelo de capitalismo caracterizado por una nueva y más flexible estructura social de acumulación que supone la transición del capitalismo regulado al capitalismo globalizado (cf. Riutort, 2001: 47-54), es también la ideología económica y política hasta hoy dominante en la configuración de las relaciones económicas, políticas y sociales a escala global. Los teóricos del neoliberalismo reformularon el programa de ideas del liberalismo económico clásico. La corriente neoliberal se articula en torno a dos grandes escuelas de pensamiento económico. Por un lado, la Escuela austríaca de economía, entre cuyas principales figuras destacan Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, Premio Nobel de Economía en 1974. Por el otro, la Escuela de Chicago, que tiene como principal formulador al economista estadounidense Milton Friedman, galardonado con el Nobel de Economía en 1976.

Aunque su aplicación práctica no tuvo lugar hasta la década de 1970, el neoliberalismo, como proyecto ideológico articulado en torno a un movimiento organizado, floreció en 1947 a partir de la reunión celebrada en la localidad suiza del Monte Peregrino entre destacados intelectuales conservadores, entre ellos Friedman y Hayek, quien en 1944 había publicado su obra más celebrada, *Camino de servidumbre*, que es al neoliberalismo, puede decirse, lo que el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848) de Marx y Engels es al socialismo. El propio Hayek (2007: 21) califica su obra de referencia como un «libro político» derivado de «ciertos valores últimos» (Hayek, *ibid.*). A medida que el libro avanza, desvela que estos valores son «aquellas tradiciones que han hecho de Inglaterra un país de gentes libres y rectas, tolerantes e independientes» (Hayek, 2007: 263), refiriéndose a los principios de la modernidad capitalista y liberal fundados en la libertad del individuo, el valor sobre el que se funda una política realmente verdaderamente progresista (Hayek, 2007: 287).

De estas jornadas internacionales de reflexión surgió la fundación de la Sociedad del Monte Peregrino, cuyo principal objetivo fue el de combatir las políticas keynesianas del Estado del Bienestar diseñando una ofensiva ideológica que debía infiltrarse en los distintos tejidos de la sociedad. En 1973, la inflación de los precios del petróleo provocada por la guerra de Yom Kippur, que enfrentó a Israel contra Egipto y Siria, así como la espectacular caída, en 1989, del Muro de Berlín, símbolo del orden bipolar imperante durante la Guerra Fría, sentaron las bases para la implementación mundial de las primeras políticas públicas de orientación neoliberal. El primer experimento se realizó en el Chile militarizado de Pinochet,

seguido por los gobiernos neoconservadores de Margaret Thatcher en Inglaterra y de Reagan en Estados Unidos.

Asimismo, en 1989 el politólogo estadounidense neoconservador Francis Fukuyama publicaba *El fin de la Historia*, un breve artículo que, tras el derrumbe de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), anunciaba la configuración de un Nuevo Orden Mundial caracterizado por el «fin de las ideologías» (Fukuyama, 1989: 3) como motor de la Historia. Fukuyama elaboró una filosofía neoconservadora de la historia en la que una circunstancia social e histórica de finales del siglo xx es elevada a la categoría escatológica de «fin de la Historia», entendiendo con ella el triunfo absoluto y definitivo del capitalismo neoliberal y la democracia representativa liberal.

No en vano, en 1989 se formalizó el llamado Consenso de Washington o «consenso económico neoliberal», según la expresión del sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos (2005: 240), que pone de manifiesto el carácter ideológico de este «consenso». Se trata de un conjunto de pactos y compromisos tomados unilateralmente por los países centrales —fueron redactados por un puñado de funcionarios de organismos financieros multilaterales y por economistas del Tesoro estadounidense— impuestos sin negociación alguna a los países periféricos y semiperiféricos del sistema mundial. El economista inglés John Williamson (1990: 7-17), padre del Consenso, expuso, en uno de los documentos fundacionales del neoliberalismo, su ideario, resumido en los siguientes puntos de reforma. Primero: disciplina fiscal con el objetivo de conseguir presupuestos equilibrados y acabar con el déficit público. Segundo: nueva política del gasto público basada en la eliminación y reducción de las subvenciones, así como en la capitalización de sectores productivos específicos, como la educación y la sanidad. Tercero: reforma tributaria con un aumento previsible, en circunstancias excepcionales, de los impuestos, siguiendo el principio de recaudación según el cual la base imponible debe ser amplia y las tasas marginales moderadas. Cuarto: liberalización financiera. Los tipos de interés deben ser positivos y establecidos por el mercado. Quinto: tasa de cambio competitiva y determinada por el libre mercado. Sexto: liberalización del comercio y orientación hacia mercados externos. Séptimo: eliminación de las barreras proteccionistas para atraer la inversión extranjera. Octavo: recorte del gasto público social y privatización de empresas y servicios públicos. Noveno: desregulación de las actividades económicas a fin de promover la competencia. Décimo y último: firme protección jurídica de los derechos de propiedad privada individual, uno de los pilares básicos para el buen funcionamiento del sistema capitalista. De este modo, el consenso

económico neoliberal globalizó un modelo de economía capitalista regido por el sistema financiero internacional, basado en la desregulación, la liberalización y la privatización, defensor del minimalismo estatal y favorecedor de la concentración del poder económico y político en manos de las empresas transnacionales, capaces de orientar el rumbo de las grandes instituciones financieras públicas internacionales (FMI, BM, OMC).

Al vasto conjunto de procesos, estrategias y prácticas que desde la década de 1970 en adelante se ponen en marcha para llevar a cabo la globalización del neoliberalismo Santos (2001: 76; 2005: 281) lo llama *globalización neoliberal* o, con expresiones sinónimas, *globalización hegemónica* o *desde arriba*. Los procesos de globalización hegemónica, que representan los intereses de los países centrales, no se restringen únicamente a la esfera económica, sino que también se dan en el campo social, político y cultural, educativo y medioambiental. Para Santos, la globalización hegemónica neoliberal se articula a partir de dos formas dominantes de producir globalización. La primera es el llamado *localismo globalizado* (Santos, 2001: 71; 2005: 275), el proceso por el cual un determinado fenómeno o producto local —un estilo de vida, una idea, un valor, etcétera—, extiende con éxito su ámbito de influencia originario y alcanza una amplia expansión transnacional. La particularidad de este proceso es que el localismo que se globaliza es elevado a la categoría de universal, es decir, es considerado globalmente válido independientemente del contexto social y cultural en el que se implanta. No resulta extraño, por tanto, que Santos (1998: 202) lo defina como «un proceso cultural mediante el cual una cultura local hegemónica se come y digiere, como un caníbal, otras culturas subordinadas». Como ejemplos de actuales localismos occidentales globalizados pueden citarse, entre otros, el caso de la comida rápida y la música *pop* norteamericana, la transformación del inglés en lengua franca, la noción de desarrollo como crecimiento económico ilimitado y la democracia representativa liberal.

El segundo proceso sobre el que se articula la globalización neoliberal es el *globalismo localizado* (Santos, 2001: 71; 2005: 276). Es el proceso inverso al localismo globalizado. Se trata del impacto específico que a escala local provocan las nuevas prácticas y exigencias instituidas por los localismos globalizados. Por lo común, la incorporación de localismos globalizados no suele ser beneficiosa ni democrática para la sociedad receptora. El resultado habitual es la desintegración o integración subordinada de las condiciones locales originarias. Así, los países con presencia de globalismos localizados, generalmente los periféricos y semiperiféricos, se ven obligados a adaptar sus estructuras sociales, políticas y jurídicas conforme a

las nuevas reglas marcadas. Entre los principales globalismos localizados producidos por la globalización neoliberal, pueden destacarse como ejemplos las zonas de libre comercio, la explotación de los recursos naturales para costear la deuda externa, la comercialización de tesoros, lugares sagrados y artesanía indígena y el paso de la agricultura de subsistencia a la agricultura de exportación bajo la presión ejercida por los Planes de Ajuste Estructural.

La segunda característica definitoria del ideario *neocon* es la asunción del *neotradicionalismo*, una nueva versión del tradicionalismo político moderno que conserva aquellos elementos que considera útiles —patriotismo, elitismo antidemocrático, religión, confianza en las costumbres y las tradiciones heredadas, entre otros— y recicla los inútiles. El neotradicionalismo neoconservador se inspiró de manera particular en las ideas de Leo Strauss, filósofo judío de origen alemán emigrado a Estados Unidos como refugiado del nazismo. Las ideas de Strauss forman el substrato filosófico e intelectual del que se nutre el movimiento neoconservador (cf. Campderrich Bravo, 2005: 71 ss.). Allan Bloom, Huntington, Fukuyama y Paul Wolfowitz, ex presidente del Banco Mundial, son tan sólo algunos nombres conocidos de su nutrida lista de influyentes discípulos. El neotradicionalismo straussiano constituye, en breve, una crítica implacable de la decadencia moral y política que el filósofo ve en Occidente, concretada en un ataque frontal a la modernidad ilustrada, a la que Strauss acusa de haber conducido al relativismo, al hedonismo y al nihilismo. Entre las enseñanzas de Strauss se encontraban la fusión entre moral, política y religión, el desprecio de la concepción moderna de la democracia, la defensa del uso de la mentira política y la manipulación de la población por parte de la élite gobernante.

El tercer y último pilar ideológico sobre el que se sostiene el neoconservadurismo estadounidense es el *internacionalismo belicista*, especialmente observable durante el período presidencial de Bush hijo, de manera particular después de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Es, sin duda, la aportación más característica y relevante de esta fracción ideológica de la derecha política norteamericana. El internacionalismo belicista se concreta en la aplicación de una política de relaciones internacionales de carácter unilateral e imperialista marcada por el realismo político más descarnado; por la expansión, bajo la retórica encubridora de la paz mundial, la democracia, la seguridad, la justicia y los derechos humanos, de los valores e intereses estadounidenses; por la lucha encarnizada contra un enemigo difuso, el terrorismo global, y contra los Estados sospechosos de patrocinarlo; y por la puesta

en práctica de la doctrina de la guerra y los ataques militares preventivos. Todo ello con el objetivo principal de salvaguardar la hegemonía mundial estadounidense.

Como quedó señalado al principio del epígrafe, una de las principales bases de apoyo de la nueva derecha estadounidense, además de las grandes corporaciones empresariales transnacionales y de los grupos militares interesados en mantener la supremacía de Estados Unidos como fuerza político-militar, fue, y sigue siendo, la derecha cristiana y, más concretamente, la nueva derecha cristiana—*New Christian right*—, surgida alrededor de 1980 de la convergencia entre el fundamentalismo cristiano y la nueva derecha republicana. La nueva derecha cristiana se refiere, por tanto, a una sección del espectro político conservador estadounidense caracterizada por la firme defensa de valores políticos, religiosos y sociales considerados imprescindibles para la construcción de una América más moral y más decente. La actividad política, para la nueva derecha cristiana, es la plataforma idónea para llevar a la práctica sus ideas sobre la sociedad, fundadas en una lectura rígida de las Sagradas Escrituras. En Estados Unidos, la derecha cristiana acoge y representa políticamente a agrupaciones religiosas del cristianismo en sus diferentes confesiones, aunque el perfil dominante es el del creyente blanco, adinerado y proveniente del protestantismo, sobre todo de las iglesias más conservadoras y fundamentalistas, como el movimiento carismático o el evangelismo pentecostal. El propio ex presidente George W. Bush, alcohólico confeso hasta los cuarenta años de edad, se declaró públicamente un «cristiano renacido»—*reborn Christian*—convertido hoy en un ferviente metodista practicante.

La nueva derecha cristiana estadounidense forma el sector del Partido Republicano de impronta teoconservadora. El *teoconservadurismo* es una amplia corriente política y de pensamiento conservador para la cual la religión, en particular la cristiana, debe jugar un papel importante en el diseño y la implementación de las políticas públicas, sobre todo en las áreas de temática ético-social. En Estados Unidos, los teoconservadores—*teocons*, de ahora en adelante— son, por tanto, cristianos ideológicamente ubicados en la derecha teocrática y socialmente conservadora, que no plantea una clara demarcación entre política y religión.

A pesar de ser un concepto que hace referencia a un fenómeno político e ideológico característico de la cultura política estadounidense, en los últimos años la expresión «teoconservadurismo» se ha extendido al ámbito europeo. En Italia, donde ha cobrado más fuerza, el término *teocon* es utilizado por sectores críticos laicos y progresistas para referirse a los partidos políticos de derecha en sintonía ideológica con el Vaticano, como Forza Italia, aunque el alcance del concepto se extiende

también a organizaciones sociales y movimientos religiosos ultraconservadores, como el Opus Dei, los Legionarios de Cristo, los Focolares, Comunión y Liberación, Renacimiento Carismático y Camino Neocatecumenal. Ante la invocada crisis de valores morales y espirituales que atraviesa Occidente, los *teocons* italianos promueven lo que de manera eufemística llaman una «refundación ideológica» de Europa. Su discurso habla de relativismo, de decadencia, de la amenaza laicista, de la presencia del crucifijo en las escuelas, de los males del aborto, la eutanasia y el matrimonio homosexual, de recuperar las raíces cristianas de Europa (cf. Pera y Ratzinger, 2004). En España, los conservadores católicos han encontrado acomodo en partidos políticos de la derecha, como el Partido Popular (cf. Sánchez Soler, 2002), en fundaciones privadas, movimientos sociales, plataformas mediáticas y sectores eclesiales de cuño integrista y conservador.

Aunque se trata de conceptos que aluden a orientaciones políticas diferentes que no deben ser confundidas, neoconservadurismo y teoconservadurismo presentan afinidades en algunas de sus tendencias, de ahí que, en ocasiones, como ocurre en el caso de la teología neoliberal de Michael Novak, busquen la colaboración mutua, sobre todo cuando se trata de afirmar normas legitimadoras provenientes del ámbito o religioso–moral compatibles con la lógica funcional del sistema económico capitalista. Esta fusión entre economía, moral y religión les permite elaborar una teoría moral y religiosa del capitalismo que contribuye a dotarlo de legitimidad social y cultural.

3. La teología neoliberal y sus mandamientos

A pesar de que las creencias y valores que los teoconservadores de Estados Unidos defienden se presentan bajo signos y matices diferentes, el ideario *teocón* esta formado, en líneas generales, por tres núcleos fundamentales. En primer lugar, la convicción según la cual Dios y la fe cristiana deben ser un agente esencial y decisivo de la vida pública, por lo que asumen la empresa de recristianizar la sociedad, extendiendo a todas las esferas posibles los valores tradicionales, tales como la afirmación de la familia nuclear como auténtico modelo de familia; la reivindicación del papel tradicional de la mujer como esposa, madre y ama de casa; la enseñanza del creacionismo bíblico; la defensa absoluta y encarnizada de la vida humana, lo que les lleva a prohibir y condenar prácticas como el aborto y la eutanasia; el rechazo del divorcio, de las relaciones sexuales y afectivas entre personas del mismo sexo, de la prostitución y del uso de métodos anticonceptivos, entre otros aspectos.

El movimiento *teocon* de Estados Unidos asume y radicaliza, en segundo lugar, lo que Lipset (2000) llama el *excepcionalismo norteamericano*: la creencia según la cual Estados Unidos es una nación bendecida y elegida por Dios. En virtud de ello, la nación estadounidense está regida, en última instancia, por la ley natural y la voluntad divina, teniendo encomendada la misión mesiánica de extender por todo el mundo —*manu militari*, si es necesario— la paz, la democracia liberal y la libertad. Los *teocons*, de este modo, llevan a cabo la identificación de la nación estadounidense con la guardiana de los valores morales universales, que identifican con los principios fundacionales liberales de los Estados Unidos. Estos principios pueden observarse en la Declaración de derechos de Virginia (1776) y en la Declaración de Independencia (1776), documentos que reconocen una serie de derechos naturales inalienables de tipo civil y político religiosamente fundados. Estos derechos consagran libertades individuales del ser humano, como la libertad de expresión, de propiedad y de conciencia, entre otras. Así, en un contexto internacional caracterizado, según dicen, por la amenaza del terrorismo global y el choque de civilizaciones pregonado por Huntington, los *teocons* defienden un proyecto político etnocéntrico e imperialista basado en la pretendida e inequívoca superioridad civilizacional de Occidente, en particular la de Estados Unidos.

Los *teocons*, en tercer y último lugar, se oponen frontalmente a los programas económicos y políticos de izquierdas, tanto a los de inspiración socialista como socialdemócrata. Recelan de la intervención gubernamental en los asuntos económicos, excepto en períodos de crisis, cuando la mediación auxiliadora del Estado es invocada cual dios salvador y defienden, en contraposición, la intervención de la religión en la economía, comprometiéndose en la tarea de legitimar teológicamente el capitalismo neoliberal y el modelo de globalización hegemónica que este sistema económico puso en marcha desde las últimas décadas del siglo xx. La moral económica de los *teocon* puede verse, en este sentido, como la versión religiosa de la ética de libre mercado promovida por el neoliberalismo: la ética fundada en la acumulación individual e limitada de lucro, de la valoración exclusiva del individuo a partir de su capacidad de producción y consumo y la ética de la competencia permanente, donde cada uno lucha a muerte contra los demás por la defensa de sus propios intereses.

Bajo estas condiciones, no resulta extraño que algunos teóricos críticos, señalando la sintonía entre el neoconservadurismo teológico estadounidense y el neoliberalismo, llamen la atención sobre la interiorización consciente que los *teocons* hacen del

Consenso de Washington, un credo institucionalizado de ideas políticas y económicas que convierten en su particular evangelio y exige una metódica labor de apostolado. El historiador británico Eric Hobsbawm (1998: 181) se refiere a la década de 1980 y 1990 precisamente como la «era de la teología económica neoliberal». En la misma línea, el escritor y periodista español Manuel Vázquez Montalbán (1994), acuñó la iluminadora y descriptiva expresión *teología neoliberal* para referirse a un tipo de fundamentalismo económico-religioso que convierte al libre mercado en una especie de divinidad cuyos preceptos deben ser obedecidos inflexiblemente. El economista italiano Riccardo Petrella (1997: 74-82) habla incluso de las «Nuevas Tablas de la Ley» fundadas por la teología neoliberal: los mandamientos revelados por el Mercado a Hayek y sus colegas congregados en el Monte Peregrino. Los nuevos mandamientos de la teología neoliberal sustituyen la alianza entre Dios y el ser humano de la tradición religiosa judeocristiana por el pacto de amor incondicional entre los agentes económicos y el Mercado. Los deberes incondicionales que exige cumplir el neoliberalismo en su ortodoxia religiosa pueden formularse del siguiente modo:

1. Amarás al Señor tu Dios, el Mercado, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este mandamiento expresa el principio de divinización y sacralización del Mercado, fundado en el amor único y la fe ciega que el ser humano está llamado a depositar en Él, rechazando todos los pecados y herejías que le son contrarios. Para los *teocons*, el Mercado es el cielo de la economía. Cualquier intento de interferir en su funcionamiento libre y natural para introducir elementos de justicia redistributiva conduce directamente al socialismo, totalitario por definición. Él es quien con sus propias leyes regula los precios, estimula la producción, castiga al incompetente y premia al emprendedor virtuoso. La principal representación simbólica del Dios-Mercado en la Tierra es el Dinero, al que se debe rendir culto todos los días.
2. No opondrás resistencia a la actual globalización neoliberal de mercados, finanzas y capitales. Es necesario que te adaptes a este proceso imparable e irreversible que sigue adelante contra viento y marea.
3. Privatizarás todo lo privatizable, reducirás a mínimos el Estado y dejarás el gobierno en manos del capital privado. Este precepto exige dismantelar el Estado social y promover el control de los servicios públicos —sanidad, educación, medio ambiente y transportes, entre otros— por parte del sector privado, hecho que permitirá una gestión más eficaz de los recursos. El Estado, de este modo, se convertirá en una institución residual, mantenido como mero garante de los derechos de propiedad privada y árbitro de conflictos jurídicos entre partes.

Criticando con sarcasmo el afán privatizador de la teología neoliberal, el premio Nobel de Literatura José Saramago escribió:

«Que se privatice Machu Picchu, que se privatice Chan Chan, que se privatice la Capilla Sixtina, que se privatice el Partenón, que se privatice Nuno Gonçalves, que se privatice la catedral de Chartres, que se privatice el *Descendimiento de la cruz* de Antonio de Crestalcore, que se privatice el Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, que se privatice la cordillera de los Andes, que se privatice todo, que se privatice el mar y el cielo, que se privatice el agua y el aire, que se privatice la justicia y la ley, que se privatice la nube que pasa, que se privatice el sueño, sobre todo si es el diurno y con los ojos abiertos. Y, finalmente, para florón y remate de tanto privatizar, privatícense los Estados, entréguese de una vez por todas la explotación a empresas privadas mediante concurso internacional. Ahí se encuentra la salvación del mundo... Y, metidos en esto, que se privatice también la puta que los parió a todos» (Saramago, 1997: 580-81).

4. No ejercerás resistencia contra el sacrificio de vidas humanas y no humanas. La vida humana y la de la naturaleza son sólo un medio más para mantener y asegurar la continuidad del sistema vigente.

5. No te resistirás a la innovación tecnológica. Es necesario que te adaptes rápida e intensamente a las nuevas tecnologías para reducir gastos y eliminar fuerza de trabajo inútil.

6. Liberalizarás todos los mercados nacionales hasta hacer que el mundo se convierta en un gran mercado único global. Cualquier forma de proteccionismo es declarada totalmente incompatible con la fe en el Mercado.

7. Codiciarás los bienes ajenos. Extenderás tus propiedades allende los mares ejerciendo nuevas formas de colonización.

Una constante de la economía capitalista neoliberal es la acumulación de capital copando mercados extranjeros. Esta lógica expansiva se traduce en la firma de acuerdos comerciales multilaterales entre países del Norte y el Sur, como el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que en realidad son el reflejo de una geopolítica asimétrica que busca las mejores condiciones políticas, económicas y jurídicas para el liderazgo de las economías de los países centrales.

8. Practicarás el evangelio de la competitividad. Lucharás a sangre y fuego contra el prójimo hasta llegar a ser el vencedor, el mejor y más exitoso líder del mercado. De no hacerlo, tus posibilidades de supervivencia en el paraíso neoliberal son nulas, pues serás liquidado por otros más competitivos que tú y, por tanto, expulsado.

9. Sustituirás la justicia social, una grave amenaza y seria coerción al valor de la libertad individual, por la caridad, la compasión y la buena voluntad como ejemplo de virtud moral altruista con los desafortunados que viven al margen del Mercado.

10. Defenderás una «utopía conservadora» (Hinkelammert, 1993), aquella que hace apología de la realidad existente, la radicaliza y la mantiene inmutable. Abandonarás sin contemplaciones el sueño y la esperanza inútil de un mundo mejor, más justo e igualitario, porque ya estás, de hecho, en el mejor de los mundos posibles.

4. El neoliberalismo católico de Michael Novak

Entre el grupo de teoconservadores cristianos destacan los teólogos y otros intelectuales que tratan de construir una justificación religiosa del actual *statu quo* hegemónico de impronta neoliberal. Por lo común, los teólogos encargados de legitimar y difundir el credo neoliberal desde un punto de vista teológico ejercen su apostolado en fundaciones privadas de ideario neoconservador. Dentro del actual *lobby* católico *teocon* norteamericano, despuntan el padre Robert Sirico, fundador y presidente del Instituto Acton para el Estudio de la Religión y la Libertad, el sacerdote canadiense Richard John Neuhaus, del Institute on Religion and Public Life, el politólogo George Weigel, del Ethics and Public Policy Center y el teólogo laico Michael Novak, que actualmente presta servicio en el American Enterprise Institute (AEI), uno de los más importantes laboratorios de ideas del Partido Republicano. Según informa su página web oficial,⁴ en este *think tank* Novak dirige el área de Religión, Filosofía y Política Pública. Durante la década de 1990, Novak fue el teólogo neoconservador más prestigiado, siendo galardonado con numerosos premios y reconocimientos procedentes del mundo liberal-capitalista. En el orbe católico, la suya es una de las contribuciones más importantes en el uso explícito de la religión judeocristiana como instrumento de legitimación teológico-moral de la globalización capitalista neoliberal.

En un intento de refutar la tesis asumida por Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, según la cual el desarrollo del capitalismo se vio influenciado por la ética religiosa del protestantismo calvinista, Novak (1987: 36-52), en cambio,

⁴ Véase: <<http://www.aei.org>>.

proclama el genuino espíritu católico del capitalismo. El concepto de «espíritu», adoptando una terminología aristotélica, puede definirse como aquella cualidad esencial sin la cual un sujeto o ente deja de ser lo que es. Desde la óptica de Novak, el espíritu de la economía de libre mercado y, por tanto, del capitalismo, tiene mayor afinidad con la ética del catolicismo que con la del calvinismo. Según Novak, Weber comprendió mal el espíritu del capitalismo al situar erróneamente los orígenes del capitalismo en el pesimismo antropológico del protestantismo calvinista. Ante la creación divina, los calvinistas adoptan una actitud individualista de sacrificio, abnegación y ascetismo intramundano que presupone la naturaleza corrupta y pecadora del ser humano. En contraste con esta actitud, el *ethos* de la doctrina católica se caracteriza, según Novak, por enaltecer la capacidad creativa que Dios ha impreso en la naturaleza humana. Así, la católica es una antropología filantrópica, intrínsecamente optimista, que enfatiza y confía en la subjetividad creativa humana, el núcleo de las virtudes necesarias para garantizar la libertad, la responsabilidad y la dignidad del individuo.

En *El espíritu del capitalismo democrático* (1982), una de sus obras más emblemáticas, comparada en talla a la obra de Weber por los comentaristas políticos ideológicamente afines al teólogo estadounidense, Novak expone las influencias intelectuales en las que se inspira su teología neoliberal. Entre ellas se encuentran las ideas del economista liberal escocés Adam Smith, las del también economista liberal Joseph Schumpeter, las de Hayek y las del sociólogo estadounidense neoconservador Daniel Bell. En esta obra, Novak se marca dos objetivos fundamentales. El primero es el de indagar y detectar las raíces cristianas, concretamente las católicas, de la economía de libre mercado, examinando su asimilación progresiva por parte del pensamiento socioeconómico católico. A este respecto, las tesis que Novak sostiene es que los principios morales nucleares de la tradición religiosa judeocristiana, en particular la creatividad y la productividad individual conferidas por Dios al ser humano, virtudes exaltadas de manera especial por el catolicismo, son la base axiológica del capitalismo democrático. En lo que se refiere a la doctrina social de la Iglesia católica sobre el capitalismo, Novak (1993) afirma que durante los siglos XIX y XX la Iglesia fue superando de manera progresiva su tradicional actitud anticapitalista, aunque fue con la elección de Juan Pablo II como Papa, que coincide en el tiempo con el despliegue del proyecto neoliberal y neoconservador de Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Reino Unido, cuando la Iglesia asumió plenamente los valores de la economía de libre mercado y la ética empresarial. En un tono casi laudatorio, Novak le atribuye a Juan Pablo II haber captado, como revela la encíclica *Centesimus annus* (1991), el profundo contenido espiritual del capitalismo.

Juan Pablo II comprendió el significado de la libertad, la vocación creadora del ser humano y de modo particular el derecho a la creatividad económica. Se trata de una afinidad que el teólogo neoconservador interpreta como la prueba histórica oficial de los vínculos entre la ética católica y el capitalismo.

El segundo gran objetivo de la obra es el de pretender demostrar que el tipo de formación social que conjuga democracia representativa liberal y capitalismo neoliberal, combinación virtuosa que Novak llama *capitalismo democrático*, es civilizacionalmente superior a cualquier otra forma o concepción histórica de la organización social, incluyendo la alternativa socialista de los países que entonces formaban la URSS. Para Novak, el capitalismo democrático es, en términos prácticos, el sistema económico y social superior por varios motivos: es el que más estimula el aumento de la producción, el que distribuye de la manera menos injusta, el que promueve la mejora general del nivel de vida, el que más favorece la creatividad personal y ofrece mejores condiciones para la emancipación potencial de los pobres. Por «capitalismo democrático», Novak (1987: 2) entiende un sistema de organización social con tres partes integradas en un solo conjunto. En la esfera económica, este sistema se caracteriza por funcionar con la economía de libre mercado, que promueve como ninguna el crecimiento económico y la movilidad social ascendente. En lo político, el capitalismo democrático se basa en la democracia representativa liberal, caracterizada por el respeto a los derechos individuales de la persona, sobre todo al derecho a la vida, la libertad y la felicidad. Por último, en lo que concierne a la cultura, el capitalismo democrático está formado por un sistema ético pluralista que difunde una moral liberal defensora de la libertad individual como principio normativo supremo y acoge los valores sobre los que se construyen las sociedades libres, como la tolerancia y el multiculturalismo. Siendo así, afirma el teólogo, el capitalismo democrático, su particular forma de referirse a las democracias liberales capitalistas occidentales, muestra su superioridad con relación a otros sistemas sociales porque es el sistema de organización que más y mejor potencia la libertad individual, amplía las posibilidades individuales de elección y afirmación y promueve la disminución de la pobreza.

El valor normativo por el que se rige el capitalismo democrático es el de la libertad. Novak la entiende como la capacidad de ejercer la responsabilidad propia mediante el cumplimiento del deber. Esta concepción responsabilista de la libertad, en el sentido que está cimentada sobre el compromiso adquirido, el deber y la obligación individual es extraña en el pensamiento liberal, que tradicionalmente ha entendido la libertad tal y como la define canónicamente Hobbes (1999: 119), es decir, como la

«ausencia de impedimentos externos» a la hora de actuar y utilizar el poder de uno como se quiera, siempre que nuestros movimientos no supongan una intromisión o violación de la libertad ajena. Lo interesante de este planteamiento original está en analizar cuál es el contenido concreto del deber contraído por el ser humano, cuyo cumplimiento garantizaría la realización efectiva de la libertad individual.

Novak considera que no hay en el mundo un sistema de organización social capaz de hacer una valoración tan positiva del individuo, de su capacidad de iniciativa personal y de su libertad como el capitalismo democrático:

«Dios omnipotente no hizo una Creación coercitiva, sino que la concibió como una arena de libertad. Dentro de este marco, Dios llamó a los individuos y a los pueblos a vivir de acuerdo a su ley e inspiración. El capitalismo democrático ha sido concebido para permitirles seguir, no obstante sean pecadores, este modelo libre. Éste genera una sociedad no coercitiva, una arena de libertad en la que individuos y pueblos están llamados a realizar, a través de medios democráticos, la vocación para la cual cada uno cree sentirse llamado» (Novak, 1987: 486).

Para proveer de una justificación teórica al capitalismo democrático, Novak elabora una teología política neoliberal o, como él mismo la llama, una «teología del capitalismo democrático» (Novak, 1987: 453), que funciona como su instancia de legitimación. El núcleo de la teología novakiana de la globalización neoliberal está formado por una teoría de la acción humana responsable fundamentada bíblicamente. Su centro de gravedad es la categoría religiosa de *co-creación* (Novak, 1985: 120), la participación individual y responsable en la obra de Dios. En la teología neoliberal de Novak, el concepto de «co-creación»⁵ se presenta de manera totalmente opuesta al de «Creación coercitiva», la que impide, coarta o restringe el desarrollo de la autonomía personal. La teoría de la co-creación adopta como argumento justificativo una base creacionista: con su acto creador, Dios otorgó al ser humano una serie de derechos naturales, entre los que destacan la vida, la libertad y un potencial creativo, a través de los cuales el ser humano está llamado a descubrir y desarrollar sus propias

⁵ La idea expresada por el concepto de «cocreación» puede encontrarse formulada bíblicamente bajo la figura del ser humano visto como «colaborador de Dios» (1 Co 3, 9; 2 Co 6, 9) o cuidador de la Creación. Doctrinalmente, el concepto lo estableció Tomás de Aquino, que afirmaba que la infinita bondad de Dios permitía al ser humano el ejercicio del poder cocreativo. Para el teólogo católico medieval, la cocreación humana no se refiere a la capacidad de una creación *ex nihilo*, exclusiva de la omnipotencia de Dios, sino que implica la asistencia a Dios en la custodia y el gobierno de lo creado.

capacidades. La creatividad personal, junto con la razón y la capacidad de elección, es un don inherente que cada ser humano comparte con Dios, que diseñó, como enseña el *Génesis*, al ser humano a su imagen y semejanza. La creatividad, por tanto, es concebida en la teología neoliberal de Novak como un elemento espiritual que forma parte de la naturaleza humana y es consustancial a la libertad y al espíritu de iniciativa: la vocación de imaginar, de inventar, de atreverse con nuevas empresas, sobre todo en el sentido económico del término.

Desde estas claves de interpretación, Novak aprovecha el relato bíblico de la Creación para construir una teología económica que, más que en el amor y en la cooperación solidaria, se basa en el esfuerzo, la capacidad inventiva, el emprendedorismo y la competición: «Una economía política tiene la necesidad de líderes políticos atrevidos, que emergen en las luchas de poder, y de emprendedores que abrazan grandes proyectos y saben batirse con tenacidad por su realización. La voluntad de poder es concebida de manera creativa, no destructiva» (Novak, 1987: 467).

En sentido estricto, y en este aspecto Novak se aproxima a la ética protestante del trabajo, la capacidad cocreadora humana no sólo es un derecho individual, sino fundamentalmente un deber moral —una vocación, en el lenguaje de Weber— al que todo cristiano está llamado a responder por medio del trabajo. Creatividad y laboriosidad son, en este sentido, dos virtudes inseparables. El ser humano, en tanto que *imago Dei*, ha nacido para crear e innovar por medio del trabajo. A través de sus acciones libres y responsables ejercidas a través del trabajo, el ser humano contribuye vocacionalmente a la creación en el ámbito económico. El trabajo, de este modo, es visto por el teólogo como una actividad social imbuida de un sentido trascendente que promueve el bien particular y, por extensión, el progreso social, mediante la producción de bienes, servicios y beneficios. En virtud de ello, Novak enfoca la cocreación no sólo desde un punto de vista individual, sino que se refiere también a la labor cocreadora de una corporación empresarial privada, entendida como una asociación libre y voluntaria de individuos cocreadores que se reúnen con uno o varios objetivos comunes dotados de sentido. Una empresa privada, desde esta lógica teológica, es una institución económica, moral y política que debe funcionar independientemente del Estado para el progreso moral y material de la sociedad civil, pues los emprendedores crean empleo y proporcionan bienes y servicios a la sociedad. Para Novak, no sólo las iglesias deben ser consideradas centro de enseñanza moral. Las empresas privadas también deben entenderse como entidades morales, como escuelas de cooperación interindividual que fomentan el trabajo en equipo y la autodisciplina. La responsabilidad empresarial no consiste

únicamente, aunque también, en la maximización de los beneficios, sino en hacer una contribución a la sociedad, en poner a prueba los talentos de una persona, en la construcción de comunidad. En un artículo de 1981, significativamente titulado «Toward a Theology of the Corporation», Novak, en polémica con los teólogos de tradición anticapitalista, establece un paralelismo entre la pasión del siervo sufriente de Yavhé (cf. *Isaías*, 53), una figura bíblica marginada y de significado redentor, y la función social desempeñada por las corporaciones transnacionales, a las que otorga un sentido divino:

«Durante muchos años uno de mis textos preferidos de la Escritura fue *Isaías* 53, 2-3: “Creció ante Él como un brote, como raíz en tierra seca: sin gracia ni belleza que atrajera la mirada, ni aspecto que cautivara. Despreciado, evitado por la gente, un hombre de dolores, experimentado en el sufrimiento; como uno ante el cual se oculta el rostro, era despreciado y desestimado”. Me gustaría aplicar estas palabras a la moderna corporación empresarial, una de las más despreciadas encarnaciones de la presencia de Dios en este mundo» (Novak, 1990: 39).

Este fragmento establece sin tapujos una equiparación entre la empresa capitalista y el humillado siervo de Yavhé que, a pesar del desprecio y el sufrimiento que padece, es portador de un poder salvífico que expía los pecados humanos. El pasaje, por tanto, pone de manifiesto el apoyo de Novak a los valores mercantilistas auspiciados por los neoconservadores, dejando ver la síntesis entre el neoconservadurismo y el teoconservadurismo neoliberal.

Siguiendo al sociólogo y teólogo José María Mardones (1991: 100-04), los elementos que la teología neoliberal de Michael Novak (1987: 457-484) extrae de la tradición religiosa judeocristiana para fundamentar religiosamente el capitalismo democrático son, a modo de síntesis, los siguientes. En primer lugar, el misterio de la Trinidad, que en la teología neoliberal novakiana tiene su analogía en la estructura tripartita del capitalismo democrático: economía de mercado, democracia representativa liberal y pluralismo tolerante y respetuoso de la libertad individual.

En segundo lugar, la teología de la Creación y del desarrollo capitalista, que a partir de la interpretación de la condición humana como imagen de Dios creador establece la doctrina del trabajo humano como ejercicio de responsabilidad ética, como tarea cocreadora o misión divina a través de la cual expresar la creatividad, la iniciativa

individual y el espíritu emprendedor, virtudes promovidas por el capitalismo democrático.

En tercer lugar, el dogma del pecado original, que reconoce la tendencia humana a caer en el pecado y la corrupción, por lo que se hace necesario un sistema correctivo de «frenos y contrapesos» (Novak, 1987: 98) que, aunque no puede erradicar el pecado, establece, en interés de la libertad individual, una división de poderes con el objetivo de «fraccionar y controlar el poder» (Novak, 1987: 474), evitando el acaparamiento y autoritarismo del poder, ya sea por parte del Estado o del individuo.

En cuarto lugar, el misterio de la Encarnación, al que la teología neoliberal de Novak le otorga un sentido económico-político que observa las empresas capitalistas como símbolos de la presencia de Dios en la Tierra.

En quinto lugar, la caridad, que en la teología neoliberal de Novak sustituye a la solidaridad y a la justicia social. La caridad es el sentimiento cristiano de compasión, el deseo de ayudar y desear el bien del prójimo necesitado. El capitalismo democrático es un sistema caritativo, en el que «cada persona es vista como fuente de comprensión, elección, acción y amor» (Novak, 1987: 483-484). En la teología del capitalismo democrático, la caridad consiste en la promoción de las condiciones para el fomento de la creatividad, la productividad y la obtención de nuevas riquezas, hecho que contribuye de manera decisiva a la independencia y autonomía de los individuos y, en consecuencia, al mejoramiento de la vida de los pobres.

En sexto lugar, la competencia. Como establece la teología neoliberal de Novak (1987: 470): «Competir —*com + petere*, “ir al encuentro de algo de manera agonística”— no es un vicio. Es, en cierto sentido, la forma de toda virtud y un factor indispensable de crecimiento humano y espiritual de la persona libre». El espíritu competitivo, que contribuye a la realización de las potencialidades personales, no es un comportamiento contrario a la tradición judeocristiana: «Parece equivocado pensar que el espíritu competitivo sea extraño a los evangelios, y que, en particular, la competición por el dinero sea el peligro espiritual más grave para la humanidad» (Novak, 1987: 472-73). Para la teología del capitalismo democrático, la competición por el dinero y la acumulación de riqueza no es un mal en sí mismo, sino que lo que condena es el uso improductivo del dinero.

En séptimo y último lugar, la doctrina de la separación de los dos reinos, que proclama la autonomía entre Iglesia y religión, siendo el capitalismo democrático un sistema social pluralista basado en la libertad creadora.

La conclusión que Novak extrae de sus reflexiones sobre la íntima relación entre el capitalismo democrático y la teología judeocristiana no podía ser otra: de todos los conocidos, el capitalismo democrático es el sistema de organización social más benefactor. El capitalismo democrático, más allá de un sistema social basado en la propiedad privada de los medios de producción, el libre mercado y la acumulación de ganancias, es, principalmente, una «forma de vida» (Novak, 1987: 27). Es aquella forma de vida que mejor reconoce y estimula la naturaleza creativa y premia el talento del ser humano, bases de la prosperidad y del éxito. Ello formando sujetos virtuosos que, por medio de su trabajo y esfuerzo individual, enriquecen y colaboran en la obra de Dios. Así, pues, en el neoliberalismo católico de Michael Novak la actividad económica aparece revestida de un valor trascendente, vinculada por el teólogo directamente con la moralidad y la acción humana responsable, pues el individuo o la empresa que elige comportarse éticamente tiene que cumplir con el deber moral, que para Novak consiste fundamentalmente en ejercer una vocación creativa, y ésta puede realizarse de manera óptima en el ámbito de la empresa y los negocios. En este aspecto, los planteamientos que forman la economía política religiosa de Novak entroncan directamente con algunas de las enseñanzas fundamentales del Opus Dei, una de las organizaciones católicas ultraconservadoras más influyentes. En una entrevista realizada, Javier Echeverría, el actual prelado del Opus Dei, tras exponer su doctrina del trabajo ordinario como vocación y de la santificación personal por medio del trabajo, declaraba que «a Dios también se le puede encontrar en Wall Street» (cf. Aguiló, 2009: 19).

En un sistema social de estas características, fenómenos socioculturales como la pobreza representan extrañas anomalías. Novak achaca la pobreza de los países del Sur al hecho de no haber sabido adoptar un sistema económico, político y cultural capaz de ofrecer oportunidades suficientes de creatividad económica a los individuos y garantizar sus libertades. Las economías del Tercer Mundo no han sido capaces de diseñar una maquinaria social con estructuras legales y de crédito centradas en la iniciativa privada de los ciudadanos. Para Novak, el problema central, dicho en otras palabras, no es el capitalismo, sino la falta del mismo. El remedio que Novak recomienda a los países empobrecidos es desconfiar de los planteamientos socialistas —identificados desde el punto de vista religioso con la Teología de la Liberación—, que considera autoritarios y enemigos del pluralismo. Como neoliberal de pura raza, Novak afirma que el socialismo no quiere entender que la función primordial del Estado es la de promover la libertad y la prosperidad de los individuos, no la de redistribuir la riqueza y los ingresos. La justicia redistributiva no es un ejercicio de justicia social, sino un concepto al que se apela como instrumento retórico de

intimidación personal. Lo más conveniente es fundar una sociedad relativamente democrática de libre mercado caracterizada por el reconocimiento jurídico de la iniciativa económica privada, la irrenunciable presencia de la propiedad privada individual, un buen acceso a los mercados y a los créditos, incentivos fiscales para el capital, protección de los derechos de autor y adopción de leyes de patentes, entre otras medidas. Estos elementos, bendecidos por la teología neoliberal de Novak y la del resto de correligionarios *teocons*, son la mejor receta para salir de la pobreza.

La teología del neoliberalismo desarrollada por Michael Novak se sostiene, en síntesis, en los siguientes puntos clave. Todo ser humano, en primer lugar, como reconoce la doctrina cristiana de la Creación, es imagen de Dios, de manera que cada uno está llamado a ejercer una enriquecedora actividad cocreadora. La libertad del individuo, en segundo lugar, consiste en la realización responsable del deber moral, es decir, en el cumplimiento de la vocación cocreadora inscrita en la naturaleza humana. La empresa capitalista privada, en tercer lugar, representa un caso privilegiado de creatividad y colaboración responsable con la obra divina, pues reporta progreso individual y bien común. El fomento de la creatividad personal, en cuarto y último lugar, requiere un marco social y político favorable, el capitalismo democrático, el sistema social que permite el óptimo desarrollo de la creatividad, ya que en él es protegida jurídicamente y promovida socialmente al verse libre de la intromisión estatal.

5. Balance crítico

Desde las últimas décadas del siglo xx, la globalización neoliberal ha propagado alrededor del mundo una nueva religión practicada a escala mundial: la religión del mercado neoliberal. Según esta idea, el neoliberalismo, además de una ideología económica, presenta algunas características importantes que hacen que pueda verse metafóricamente como una religión: proporciona a sus creyentes una cosmovisión y un conjunto de valores, invita a la salvación individual, tiene sus propios santos y lugares sagrados, pone en práctica las enseñanzas de sus profetas y celebra sus propios ritos y sacrificios. El credo de la religión neoliberal enseña a renegar de conceptos como «solidaridad», «justicia social», «comunidad» y «democracia de alta intensidad», entre otros, a favor del individualismo y la competencia más exacerbada. Aunque la religión neoliberal no ha sido creada por teólogos profesionales, éstos han contribuido a su legitimación moral, social y espiritual.

La estrategia de los *neocons* católicos estadounidenses de armonizar la religión con el capitalismo neoliberal es controvertida y peligrosa. Pretender transformar en materia de fe el discurso económico y social hegemónico responde a un fundamentalismo a la vez económico y religioso. El fundamentalismo hace referencia a la forma de vivir e interpretar un determinado cuerpo de ideas —religiosas, económicas, políticas, científicas o de otra naturaleza—, que es asumido de manera literal e indiscutible, sin poner en práctica una mediación crítico-interpretativa. La actitud fundamentalista implica, en términos psicológicos, la puesta en marcha de un proceso de empobrecimiento mental que entraña, entre otras actitudes, autoritarismo, fanatismo, falta de espíritu crítico, dogmatismo, maniqueísmo y miedo a la diferencia, que llevan a creer que uno está en posesión de la verdad absoluta. El fundamentalismo de Michael Novak responde al perfil de lo que el economista estadounidense Joseph Stiglitz (2001; 2002: 63), premio Nobel de Economía 2001 y ex vicepresidente del Banco Mundial, llama *fundamentalismo de mercado*, la creencia según la cual el libre mercado y la lógica capitalista constituyen la única solución a los grandes problemas y carencias de la humanidad, tales como la pobreza, el desempleo, la degradación ecológica o la falta de oportunidades, entre otros. Frente a la globalización del libre mercado, se dice, no hay alternativa. La teología neoliberal de Novak y sus colegas es una manifestación clara de credo fundamentalista que cumple a rigurosamente los nuevos mandamientos señalados. Argumentos como el que afirma que la empresa privada es la encarnación del Reino de Dios, que el capitalismo democrático es, como diría Fukuyama, el sistema de organización social definitivo o que la única salvación, para utilizar términos religiosos, de los países empobrecidos es el capitalismo democrático muestran la fe ciega de los teólogos neoconservadores en los mecanismos de libre mercado. Su teología neoliberal no es más que la expresión de su fundamentalismo económico expresado en clave religiosa.

La teología neoliberal de Novak presenta, por otra parte, un marcado y arrogante sesgo etnocéntrico. Si las democracias liberales capitalistas, consideradas por el teólogo el mejor de los sistemas de organización social existentes, tienen unas determinadas raíces culturales y religiosas, en este caso las de la tradición judeocristiana, se está proclamando, en consecuencia, la superioridad de la cultura occidental sobre el resto. Este etnocentrismo económico, que equipara desarrollo con crecimiento económico, supone el descrédito de sistemas de producción y organización social alternativos no regidos por lo que Boaventura de Sousa Santos (2005: 162) llama la «monocultura de los criterios de productividad capitalista», una

lógica de producción cuyo objetivo principal es el crecimiento económico sin fin, meta que la lleva al uso y explotación inmisericorde del ser humano y de la naturaleza por medio del trabajo. La monocultura de la producción capitalista provoca, de este modo, la inexistencia social de otras lógicas económicas no productivistas declarándolas improductivas, inferiores y atrasadas. Para ella, conceptos como «desarrollo sostenible», «codesarrollo», «decrecimiento», «desarrollo alternativo» y «alternativas al desarrollo» son invisibles.

La teología neoliberal de Michel Novak instrumentaliza la religión poniéndola al servicio de los intereses de la globalización hegemónica. Lejos de albergar un horizonte de transformación social crítico–profético o utópico–emancipador, asume, por el contrario, un carácter justificador, apologético e idolátrico del neoliberalismo, que se hace obscenamente visible en la comparación entre la empresa capitalista y el siervo sufriente de Yavhé. Se trata de una teología legitimadora de los grandes poderes fácticos económicos y políticos; que hace un uso enmascarado de un localismo occidental globalizado, el capitalismo democrático, presentándolo como Reino de Dios en la Tierra, clamando su extensión universal; que asegura la salvación personal a través de la competición y el sacrificio de los perdedores; que sustituye la justicia social por la caridad; y que reduce la creatividad, situada como núcleo moral del capitalismo democrático, a creatividad económica, identificada con el progreso social. Es, en definitiva, una teología hermanaada con el neoconservadurismo: en lo económico asume el fundamentalismo neoliberal de mercado, se inscribe en el ala conservadora del catolicismo y en política exterior defiende el internacionalismo belicista, pues Novak (2003) justificó la segunda guerra de Iraq enmarcándola en la tradición de la guerra justa.

Referencias bibliográficas

Aguiló Bonet, Antoni Jesús (2009), «Notas críticas sobre la ética religiosa del trabajo en el Opus Dei», *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 42, pp. 1-26. Disponible en: <<http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/ajbonet.pdf>> [Consulta: 02/11/09].

Aquino, Tomás (2001), *Suma de Teología*, edición dirigida por los Regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas en España, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.

Aristóteles (2000), *Política*, Gredos, Madrid.

Campderrich Bravo, Ramón (2005), «Política, elitismo y engaño en el ideario neocon: la influencia de Leo Strauss sobre los neocons», *Mientras tanto*, núm. 95, pp. 71-84.

Fukuyama, Francis (1989), «The End of History?», *The National Interest*, núm. 16, pp 3-18.

Hayek, Friedrich (2007), *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid.

- Hinkelammert, Franz (1993), «Crítica al sistema económico capitalista desde la ética». Ponencia presentada en el xiii Congreso de Teología de Madrid. Disponible en: <<http://www.eumed.net/coursecon/textos/Hink-critica.htm>> [Consulta: 28/10/09].
- Hobbes, Thomas (1999), *Leviatán o la materia, forma y poder de un Estado eclesiástico y civil*, Alianza Editorial, Madrid.
- Hobsbawm, Eric (1998), *Historia del siglo xx: 1914-1991*, Crítica, Barcelona.
- Kristol, Irving (1983), *Reflections of a Neoconservative: Looking Back, Looking Ahead*, Basic Books, Nueva York.
- (1995), *Neoconservatism: The Autobiography of an Idea*, Elephant Paperbacks, Chicago.
- Lipset, Seymour Martin (2000), *El excepcionalismo norteamericano. Una espada de dos filos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Mardones, José María (1991), *Capitalismo y religión: la religión política neoconservadora*, Sal Terrae, Santander.
- Novak, Michael (1987), *Lo spirito del capitalismo democratico e il cristianesimo*, Studium, Roma.
- (1985), «Pensamiento social católico e instituciones liberales», *Estudios Públicos*, núm. 20, 5-152.
- (1990), *Toward a Theology of the Corporation*, revised edition, American Enterprise Institute, Washington, D. C.
- (1993), «Juan Pablo ii: la nueva ética de la empresa», *Estudios Públicos*, núm. 50, 213-227.
- (2003) «Asymmetrical Warfare & Just War. A moral obligation». Disponible en: <<http://www.nationalreview.com/novak/novak021003.asp>> [Consulta: 05/11/09].
- Pera, Marcello, y Ratzinger, Joseph (2004), *Senza radici. Europa, relativismo, cristianesimo, Islam*, Mondadori, Milán.
- Petrella, Riccardo. (1997), *El bien común: elogio de la solidaridad*, Debate, Madrid.
- Riutort, Bernat (2001), *Razón política, globalización y modernidad compleja*, El Viejo Topo, Madrid.
- Sánchez Soler, Mariano (2002), *Las sotanas del PP. El pacto entre la Iglesia y la derecha española*, Temas de Hoy, Madrid
- Santos, Boaventura de Sousa (1998), *La globalización del derecho. Los nuevos caminos de la regulación y la emancipación*, Universidad Nacional de Colombia/Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos (ilsa), Bogotá.
- (2001) (org.), *Globalização: Fatalidade ou Utopia?*, Afrontamento, Porto.
- (2005), *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Trotta/ ilsa, Madrid.
- Saramago, José (1997), *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*, Alfaguara, Madrid.
- Stiglitz, Joseph (2001), «Cambio de guardia en el fmi», *El País*, 17/01/2001.
- (2002), *El malestar en la globalización*, Taurus, Madrid, 2002.

Vázquez Montalbán, Manuel (1994), «La teología neoliberal», *El País*, 05/04/1994.

Weber, Max (1973), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona.

(1978), *Historia económica general*, Fondo de Cultura Económica, México.

(1979), *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México.

Williamson, John (1990), «What Washington Means by Policy Reform», en Williamson, John (ed.), *Latin American adjustment: how much has happened?*, Institute for International Economics, Washington, 7-20.